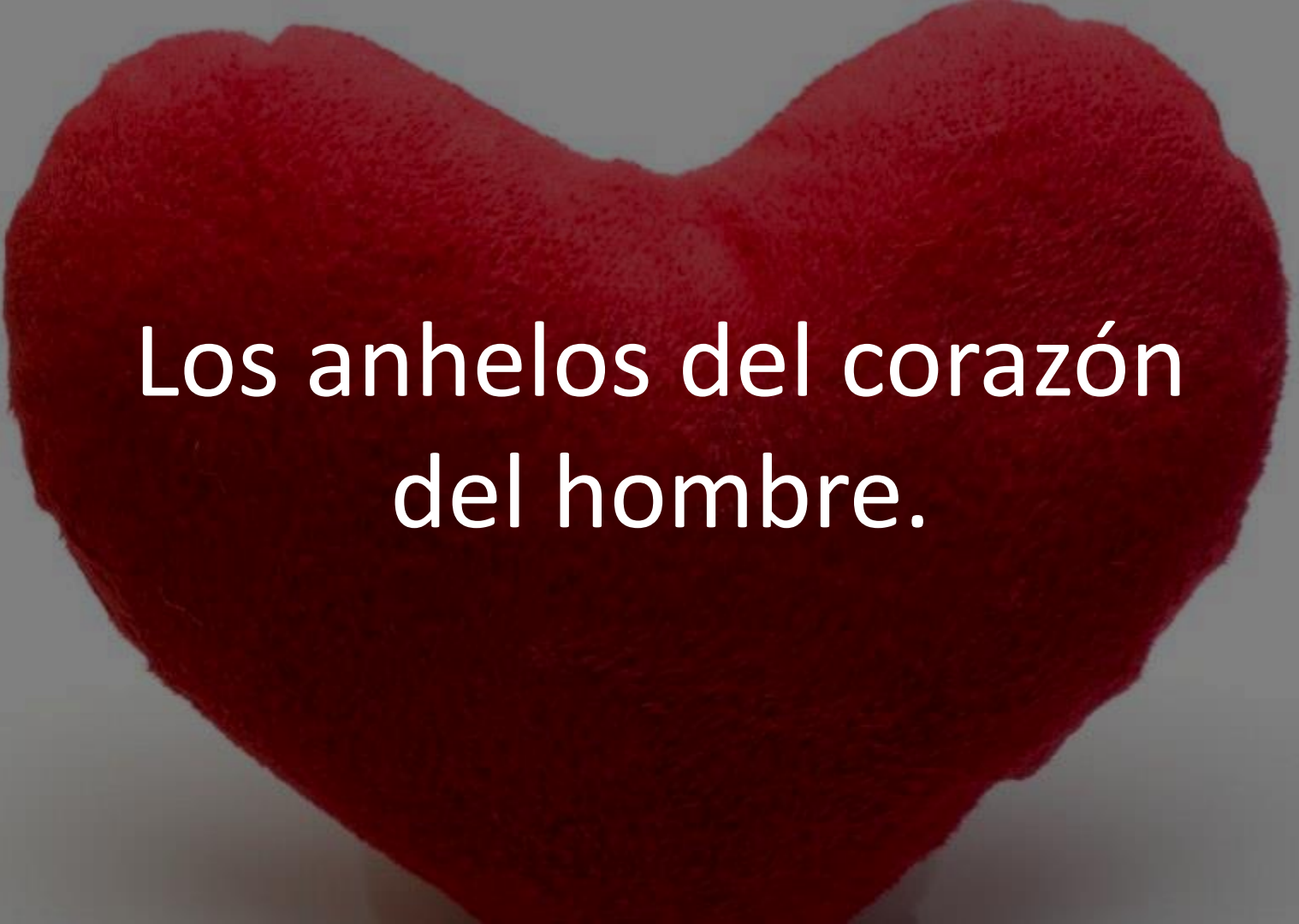


A large, textured red heart shape is centered on a light gray background. The heart has a fuzzy, felt-like texture. Overlaid on the heart is the text "Los anhelos del corazón del hombre." in a white, sans-serif font.

Los anhelos del corazón  
del hombre.



¿Cuáles son los deseos  
profundos del corazón  
del hombre?



Seguridad

Vida

Tranquilidad

Armonía

Salud

Bienestar

Serenidad

Paz

Deseos profundos  
del corazón

¡¡Felicidad!!

Deseo de felicidad  
infinita.



Deseo de infinito y de  
plenitud.

Deseo de eternidad.



El anhelo de  
felicidad en el  
corazón del  
hombre.



Todos tenemos un  
hambre insaciable  
de algo que  
llamamos  
felicidad.



Siempre andamos  
buscando la felicidad.



No basta conseguir lo que  
uno anda buscando.





Cuando conseguimos lo  
anhelado, pronto  
descubrimos que estamos de  
nuevo buscando la felicidad.



Y con frecuencia tenemos  
experiencias de desdicha:  
conflictos, malestar,  
nerviosismo, depresión,  
miedo, aburrimiento,...



Todos buscamos ser felices.



Siempre estamos  
buscando “sentirnos  
bien”.



El Evangelio es una  
respuesta a ese anhelo  
profundo de felicidad que  
habita en nuestro corazón.



La cultura moderna ha  
nacido con la sospecha de  
que Dios es enemigo de la  
felicidad.



Pero Dios sólo busca  
nuestra felicidad y la busca  
desde ahora.



¿Qué es la  
felicidad?





No sabemos dar una  
respuesta clara.



A veces se confunde con  
otras cosas: el placer, el  
dinero, el bienestar.



Es siempre algo muy subjetivo.



La felicidad parece estar casi siempre “en lo que nos falta”, en algo que todavía no poseemos.



Entonces: ¿qué es realmente lo que nos falta?, ¿qué necesitamos encontrar para ser felices?



Nada nos resulta bastante  
para ser felices.



Somos insaciables.



Cuando conseguimos  
satisfacer nuestro deseo  
ello nos produce un gozo,  
un contento momentáneo.





Pero, enseguida, dentro de  
ese contento comienza a  
gestarse de nuevo la  
insatisfacción, el deseo de  
algo que nos falta.



Nunca tenemos bastante.



La felicidad no es algo  
fabricado por el hombre.



Es un regalo de  
Dios.



Las personas buscan lo  
imposible cuando andan tras  
la felicidad.



El ser humano no puede  
lograrla con sus propios  
esfuerzos.



Pero hay una felicidad que tiene su origen en Dios y que nosotros podemos acoger, experimentar y disfrutar.



La felicidad que nosotros  
conocemos nunca es plena,  
segura ni definitiva.





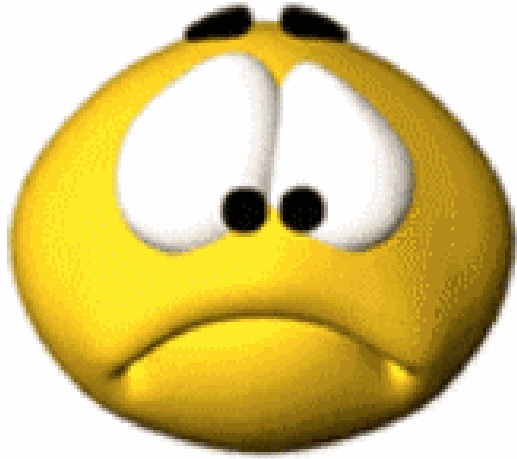
Somos seres atraídos por  
una felicidad plena e infinita  
que no logramos alcanzar  
nunca a lo largo de esa vida.



La felicidad pide eternidad.



Al final surge una  
disyuntiva.



O bien la felicidad plena es  
mera ilusión y el hombre,  
buscador incansable de dicha,  
termina en esa destrucción de  
todo que es la muerte.



O bien esta “pequeña  
felicidad” que vive hoy de  
forma siempre frágil y  
amenazada está apuntando a  
una felicidad plena y  
definitiva más allá de la  
muerte.



La buena noticia que nos trae  
Jesús nos invita desde ahora  
a la felicidad verdadera, pero  
en el horizonte de la  
esperanza.



Desde ahora podemos aspirar a la felicidad, aunque la felicidad plena y definitiva sólo la esperamos en el futuro último de Dios.



El anhelo de  
esperanza en el  
corazón del  
hombre.





La esperanza es algo  
constitutivo del ser humano.



El hombre vive caminando  
hacia un futuro.



Su vida es siempre búsqueda  
de algo mejor.



No se puede vivir sin  
esperanza.



Si desaparece la esperanza la vida de la persona se apaga.





Vivir sin esperanza no es vivir.



¿Dónde puede el ser humano  
encontrar una esperanza para  
vivir con sentido y  
responsabilidad?



¿Desde qué horizonte se  
puede iluminar su caminar?





¿Cómo recuperar la esperanza en  
una sociedad sacudida por crisis  
tan graves como las de nuestros  
días?



Creer en Jesucristo es  
descubrir la esperanza  
última que anima la  
existencia humana.



La esperanza cristiana tiene su raíz en Jesucristo, crucificado por los hombres pero resucitado por Dios.



Nuestra esperanza se funda en  
un hecho: la resurrección de  
Jesucristo.



La resurrección de Jesús abre  
nuestra esperanza a un nuevo  
horizonte.



Abre a toda la humanidad un futuro de vida plena, porque su resurrección es fundamento y garantía de la nuestra.





La muerte no tiene la última palabra.



El hambre, las guerras, los  
genocidios no constituyen el  
horizonte último de la historia.





El sida, la metralleta, el cáncer  
no terminan con el hombre.



El ser humano puede esperar algo más que lo que brota de las posibilidades mismas del hombre y del mundo.



Cristo nos descubre que Dios es  
amor, amor resucitador.



Dios no sólo es el creador que en los orígenes pone en marcha la vida.



Es también el resucitador que, al final, realiza la nueva creación.

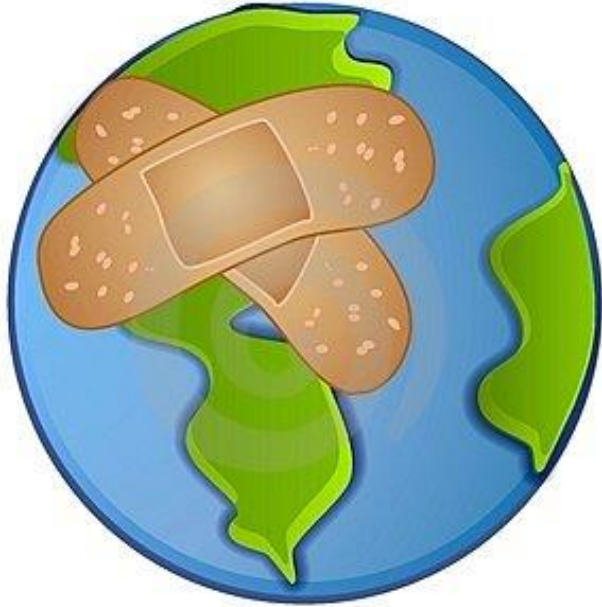


El Dios de Jesucristo es el Dios de la  
resurrección que, desde Cristo  
resucitado, nos abre camino hacia  
nuestro futuro último.



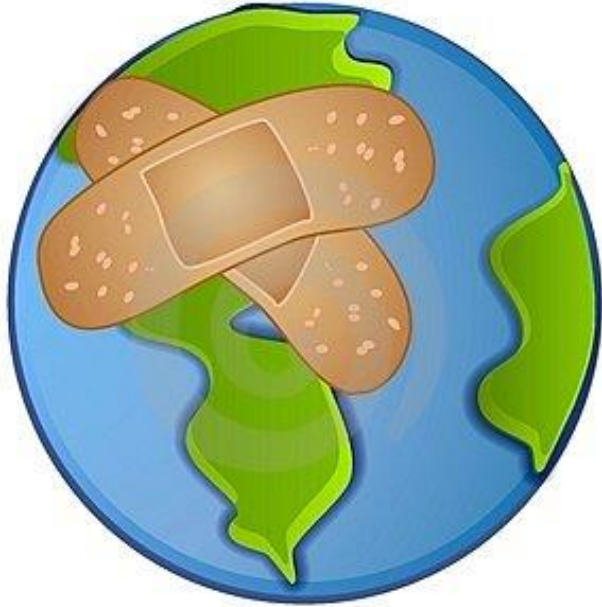
Esa esperanza puede mantenerse  
“contra toda esperanza”.



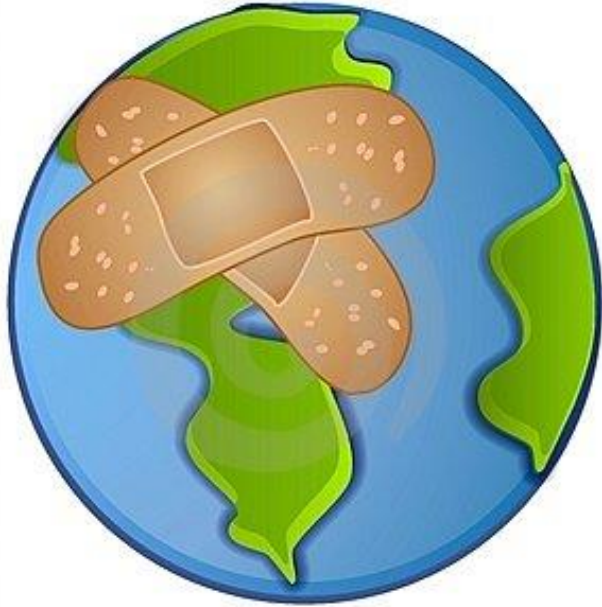


El cristiano conoce también el mal, la frustración, los problemas, la crisis, la incertidumbre.

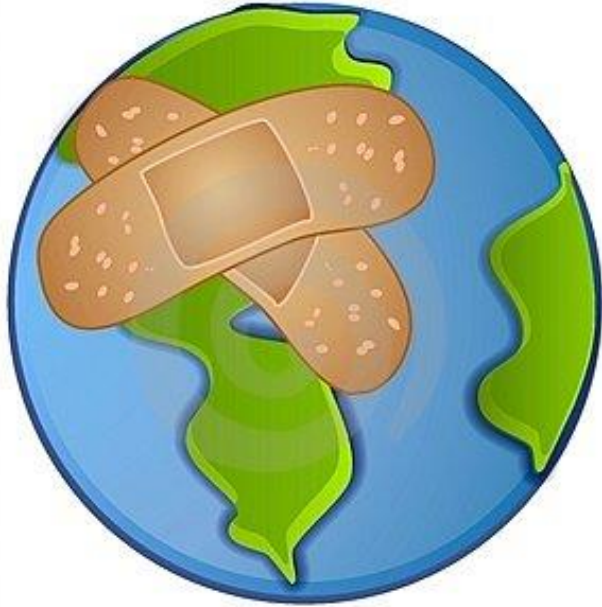




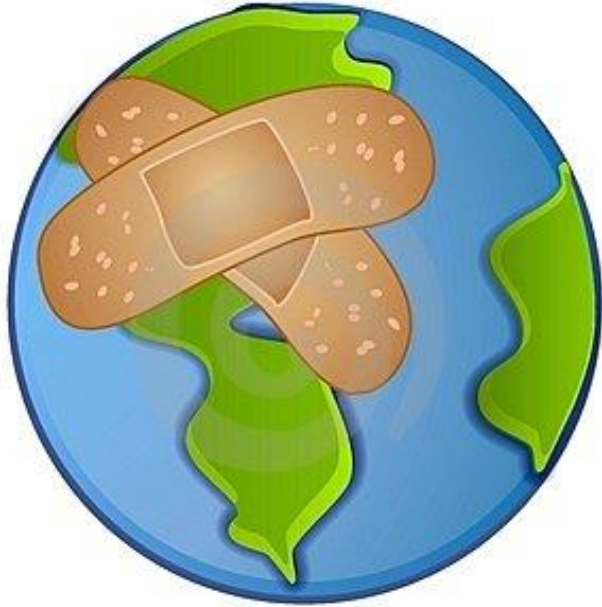
Lo que lo caracteriza es su manera de enfrentarse a esa vida: desde la esperanza que surge de Cristo.



Dios ha dado una orientación  
nueva a la existencia.



Todo puede ir a peor en  
nuestra vida personal o en la  
sociedad.



Pero todo tiene una nueva  
perspectiva desde el horizonte  
de la resurrección.



Si todo lo reducimos a las pequeñas esperanzas internas de la historia, ¿qué clase de esperanza en el más acá puede haber aquí y ahora, para quienes sufren, para los débiles, para los vencidos, los viejos, para todos cuantos no forman parte de la élite?



¿Qué esperanza puede haber  
para los que han muerto ya,  
para todos aquellos que, a lo  
largo de lo siglos, han sido  
vencidos, humillados,  
oprimidos, y hoy están  
olvidados?



El Dios resucitador que se nos  
revela en Jesucristo es el  
fundamento último en el que  
poder apoyar nuestra confianza  
radical en la vida.



Desde ese Dios de la esperanza  
los cristianos hemos de  
contagiar hoy confianza en el  
hombre, a pesar de todos los  
fracasos y decepciones.





Desde ese Dios, el hombre  
puede explicarse a sí mismo  
como un Ser capaz de proyecto  
y de futuro.



El anhelo de  
salvación en el  
corazón del  
hombre.



La idea de necesitar ser salvados surge de nuestro contacto con experiencias negativas: sufrimiento, enfermedad, dolor, muerte.



A lo que se une que de forma  
esporádica tenemos también  
experiencias de felicidad.



De ello surge la esperanza en  
alcanzar el sentido y la felicidad  
de forma completa, de obtener la  
salvación definitiva.



La experiencia del mal, del dolor y del sufrimiento, de la finitud y la limitación, de la esclavitud y, sobre todo de la muerte, son experiencias recurrentes en la historia humana.



Todas ellas han empujado a los  
hombres y mujeres de todos  
los tiempos a gritar y clamar  
por la salvación.



La salvación es la necesidad  
más apremiante del ser  
humano, la meta de todas las  
metas.





Decir salvación es decir  
felicidad plena, paz  
definitiva, realización total,  
liberación de toda  
desventura y esclavitud.



La esperanza de ser salvados  
por la ciencia y la técnica o  
por nuestro propio esfuerzo  
ha resultado un fracaso.



¿Qué proporciona la  
salvación total al hombre?.



El hombre no puede alcanzar  
por sí solo todos sus deseos,  
todas sus potencialidades.



Tiene una serie de limitaciones: el mal, el dolor,...



Y sobre todo la muerte.



¿Porqué ese  
anhelo en  
nuestro corazón?



El que exista el fenómeno de la sed significa que en algún lugar debe existir algo que aplaque la sed.





Los seres humanos tenemos  
un anhelo de plenitud, de  
felicidad, de eternidad que  
nada en este mundo nos  
permite calmar.



Si no existiera bajo ningún concepto un sentido último, ¿por qué habrían surgido entonces seres sedientos de tal sentido?



El hombre, pese a su radical finitud, está animado por un anhelo de justicia, de realización, de sentido.



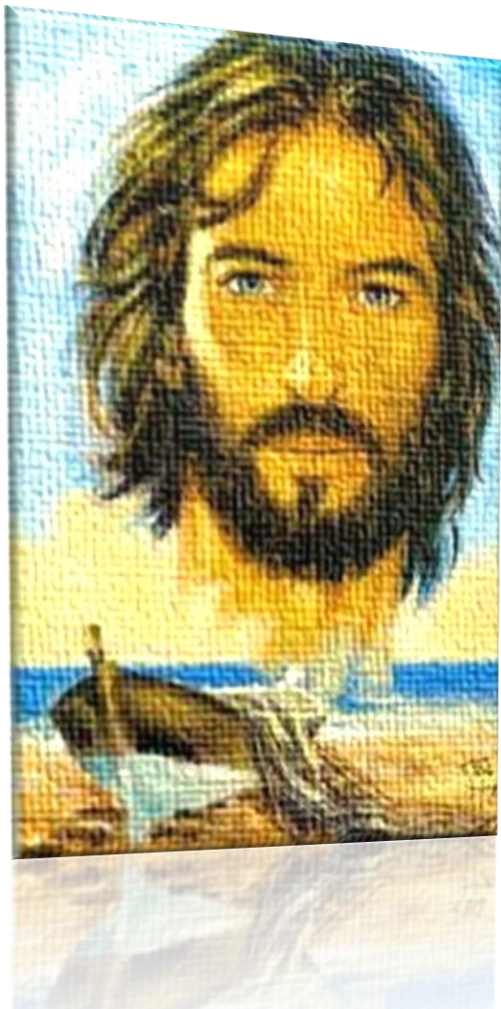
Si no existiera Dios, la naturaleza habría suscitado en los hombres un ansia que nada ni nadie puede satisfacer.



Si la muerte fuera lo  
absolutamente último  
resultaría del todo inexplicable  
por qué nos preguntamos por  
el sentido.



Dios es la respuesta.



Jesucristo es la  
respuesta a los  
anhelos del  
corazón del  
hombre.

